

—¡Qué idea!—se dijo.—Si yo fuera al castillo y le hablase, ¡quién sabel...

Cogió una de las tarjetas del conde y escribió una fecha, 6 de junio de 1867, la guardó en el cajón de la vetusta mesa, restó apenas conocido del pasado esplendor, volvió á guardar el tarjetero en el bolsillo, y salió.

V

La señorita Elena de Rochevaille, después de haber contemplado hasta la saciedad el inmenso horizonte que se descubría desde su balcón, entró en su gabinete, pieza por cierto adornada con mucha sencillez, que servía de sala, y que completaba la habitación que le habían destinado en uno de los pabellones del castillo.

Escribió durante largo rato, cerró la carta y puso en el sobre estas señas:

«Señora de Montambert, hotel de Montambert, calle de la Ville-Leveque, París.»

Poco después llamaron á la puerta.

—Adelante,—dijo ella.

Y se presentó un viejecito envuelto en una bata á rayas, cubierta la cabeza con un casquete de terciopelo marrón; la mirada era viva é inquieta, alegre todavía; y él era pálido y delgado.

No era otro que el marqués de Taunay, propietario del dominio de Chevagnes, abuelo de Oliverio y tío de Elena.

Esta se levantó y acudió presurosa y sonriente á su encuentro.

—Buenos días, tío,—dijo presentándole la frente para que la besara.

—Buenos días, niña mía, buenos días,—contestó él, y la dió un beso.

—¡Qué perfume tan agradable exhala tu cabello!—dijole con la amable galantería propia de los viejos.

—Mi buen tío!

—Tenemos que hablar seriamente.

—¿Seriamente?

—Sí, de negocios.

—¿Negocios? ¡Me asustais!

—Es preciso—siguió diciendo el anciano—convengo en que es asunto enojoso; pero insisto en que es indispensable. Dame una silla, porque quizá no sea corta la conversación.

—¿Se trata, pues de algo muy grave?

—¿Que si es grave? Aguarda un poco. Vas á convencerte pronto.

—Francamente, me haceis temblar.

—No me sorprende—repuso con agrado el viejo.—Hay motivo para ello.

Dejóse caer en el cómodo sillón que su sobrina le acercó, sacó del bolsillo una tabaquera de oro, y al mismo tiempo no dejaba de mirar á Elena, cuyo semblante revelaba viva ansiedad.

Quizá adivinara el palpitante asunto de que se iba á tratar.

Ella volvió á sentarse en el mismo sitio que ántes ocupara y aguardó impaciente que el marqués comenzara á hablar.

No es posible imaginár semblante de ex-

presión más escéptica, burlona é irónica que la del marqués, en cuyo arrugado y apergaminado semblante brillaban los ojos cual si fueran dos linternas colocadas en descarnada máscara.

La vida de aquel hombre había sido muy accidentada.

Su hijo, á los treinta y siete años, murió, víctima de un accidente de caza. Un amigo le mató.

Por más que se echó tierra al asunto, nadie de los alrededores de Taunay creyó en que fuera una torpeza la causa de semejante desgracia.

Como el conde Rolando se hallaba escasamente á veinte pasos del otro cazador, en campo raso, cuando recibió en el pecho una descarga destinada á un faisán, como además pasara el amigo, y no sin razón, por excelente tirador, no era admisible eso de que á la casualidad tan sólo se debiera tamaña catástrofe, sobre la cual no pudo el conde dar explicación ninguna, porque cayó exánime.

Aquella *casualidad* tenía su origen; según decían, Rolando era el amante de la mujer de su amigo.

Algunos días después, la viuda de Rolando se envenenó tomando, equivocadamente, según decían también, gran dosis de opio con el inocente fin de poder conciliar el sueño...

La infeliz tenía la desgracia de adorar á un marido que no lo merecía.

Así es que el anciano marqués se halló,

después de esas desgracias, al cuidado de dos menores; por más que uno de ellos no debía tardar en llegar á la mayoría de edad, ¡y á abusar de ella también!

Llamábase este Oliverio de Taunay-Coulanges, y como era el hijo del conde muerto en la cacería y de la condesa envenenada, era el nieto y único heredero de los títulos y bienes del señor de Taunay-Coulanges.

Conocemos también á la otra pupila del marqués.

Era también huérfana, pero de resultas de fallecimientos más naturales.

Su padre, el baron de Rochevieuille, antiguo coronel de dragones, murió á causa de una herida recibida en Crimea; su madre de una afección pulmonar.

El baron y su mujer habían vivido en la unión más perfecta.

Se adoraban, y puede asegurarse que su Elena era una verdadera hija del amor.

El conde Oliverio no siguió al abuelo en su retiro al fondo de los desiertos del Morvan.

Desde su mayor edad, residió en París, en el hotel de Taunay, avenida Matignon, y no hacía á su abuelo sino cortas visitas.

Poseía, de sus padres, ciento cincuenta mil francos de renta, y del marqués debía heredar el triple de esa cantidad.

Estaba pues en condición la más envidiable para gozar de la juventud; y así lo hacía.

Altanero y vicioso como el duque de Richelieu, y escéptico cual su abuelo, no creía sino en el placer, estimando que los plebeyos

no eran de carne y hueso como él; paos para él no había más mundo que *el gran mundo*; Oliverio debió nacer siglo y medio ántes.

Su prima Elena, por el contrario, era una mujer superior; dulce, generosa, delicada, tierna.

Hasta el otoño anterior había pasado diez meses del año en el convento de Nevers.

Creemos inútil decir que era muy rica.

Después de la muerte de sus padres, el marqués había acumulado á sus rentas las economías que llegaban á la respetable cifra de millón y medio de francos.

No había hecho sino cumplir con su deber.

Pero este ahorro en favor de su pupila, halagaba su principal manía.

El señor de Taunay-Coulanges había tenido, sucesivamente, tres pasiones en su ya larga existencia.

La primera duró hasta los cuarenta años.

Se comprende que se trataba de las mujeres.

A esa edad, y por efecto de ciertos excesos, el médico le advirtió que sería prudente renunciar á tan peligrosas voluptuosidades.

El marqués no fué desobediente, pero se entregó á otra pasión: la gula.

Y no hubo en París mesa que pudiera rivalizar con la de Taunay.

A los sesenta años, el estómago hastiado le hizo traición.

Buscó entónces, á lo filósofo, y para abreviar el tiempo, otro goce que pudiera reemplazar aquellos; y no encontró nada mejor

que la satisfacción de empaparse, digámoslo así, en el oro, y sumergir las manos, como en un baño, para manejarlo hasta la saciedad.

Esta pasión brutal, á la que había sido extraño durante los dos primeros tercios de su existencia, se apoderó luego de él como se apodera una querida jóven de un amante viejo.

Á los ochenta años lo dominaba por completo. Estaba vencido, esclavizado. No vivía más que para extasiarse contemplando sus tesoros, como los sacerdotes de Budha.

Para entregarse por completo á ese culto, rompió poco á poco con el mundo, cual los monjes retirados en la soledad.

En su retiro de Chevagnes, no tenía ocasión de gastar.

El inmenso castillo estaba casi inhabitado.

Un pabellón tan solo servía de residencia al dueño.

Y allí concluía sus días en compañía de un ayuda de cámara tan viejo como él, y á quien el resto del personal, cocheros, cocineros, jardineros y guardas consagraban el consiguiente respeto, puesto que el señor Dionisio llegó á ser el verdadero dueño de la casa.

Ya hemos dicho que después de su salida del colegio, Elena ocupaba un compartimiento completo al otro extremo del castillo.

No veía á su tío sino á las horas de comer.

El resto del tiempo trabajaba en compañía de un ama de gobierno, Eugenia Laruette, doncella que fué de su madre, que no abandonó á la hija para quien también fué buena,

servicial y afectuosa. Todo el mundo la estimaba.

Así que el marqués se hubo instalado cómodamente frente á Elena, al mismo tiempo que tomaba un polvo de rapé, estudiaba la expresión de aquel semblante delicado y encantador.

Pero si las facciones de la joven respiraban dulzura y bondad, las del anciano en cambio revelaban travesura y malicia. Era un epicúreo egoísta y despreocupado.

—De sobra comprenderás que si tomo esta solemne actitud, por mas que me presente en bata y con casquete, lo cual tiene disculpa á mis años, es porque se trata de asunto importante. ¿No lo adivinas?

Ella bajó los ojos.

—En fin; hablemos claro. Puedes confiar-me todos tus pensamientos, tus deseos ó tus repugnancias. Soy tu tutor, y por tanto el encargado de tus intereses. Tu madre era hija de mi hermana. Y yo te quiero á tí como si fueras hija mía. Ya me conoces, no soy ningún tirano. No es, pues, mi intento condenarte á morir de aburrimiento en esta fortificación. Estás ya en edad de casarte. ¡Y estoy seguro de que piensas en ello más de dos veces al día!

—Pero, tío...

—No me lo niegues, pues te advierto que no estoy dispuesto á creerte.

—Querido tío, os juro...

—No jures; faltarias á la verdad.

—Nada de eso.

—Bueno, convengamos en que no te pasa por la idea semejante cosa. Mi deber es velar por tí, y soy hombre que no falta á su obligación. Pero la dificultad está en encontrarle marido... se entiende, marido digno de tí. ¡Y esto ya no es tan fácil! ¡No lo hay!

Elena fijó en su tío sus hermosos ojos, y le dijo:

—¿Eso creéis?

—Estoy seguro—dijo el viejo, aspirando con delicia el rapé.—Pero comprendo al mismo tiempo que no es lógico exigir un imposible. Cuando no se puede hallar lo bueno, debe uno conformarse con lo mediano. Además, la experiencia me ha demostrado que toda mujer bonita, dulce, rica, é inteligente como tú...

—Tío, por Dios.

—No es lisonja, es dueña de su suerte. Ella es la que seduce, la que vence, la que manda en su amor... quiero decir en su marido.

Elena bajó la cabeza y no contestó.

—Después de este exordio—repuso el marqués—voy al asunto. Te he buscado marido, y tengo uno que ofrecerte. Pero te advierto que dista mucho de ser perfecto. Le conozco muchos defectos, que podría llamar vicios; pero la experiencia me ha hecho indulgente.

—¿Qué defectos?

—Desde luego es egoísta.

—¡Oh!

—Sumamente egoísta. ¡Todos los hombres lo son! Además, es pródigo.

—¡Oh!

—Todos los hombres no lo son. Yo, por ejemplo, soy económico como una hormiga; pero también fui pródigo en mis mocedades. Varía uno tanto!

—¿Qué más?

El anciano apretó los labios.

—¡Bah! Es preciso instruirte: nada hay tan peligroso ni tan tonto como la ignorancia. Es amigo de placeres, calavera, libertino.

—¡Jesús, tío!

—Es preciso que los hombres comiencen por ahí para que concluyan siendo formales. Hablo sabiamente. ¡No de otro modo se adquieren provechosas experiencias! Además, es un defecto que todavía tiene cura.

—¿Es eso todo?

El marqués, dando un prolongado suspiro, repuso:

—¡No!

—¿Qué más hay?

—¡Es jugador!

—Si se cura de eso como de todo lo demás!...—insinuó Elena con cierta ironía.

—¡Hé ahí el mal! Ese vicio se agrava con el tiempo, mientras que los otros, con el tiempo disminuyen y llegan á desaparecer por completo. Lo del juego es, pues, lo más grave, pero considero que tampoco sea un obstáculo.

—¿Conque creéis eso, tío?

El marqués acercóse más, y tomando la mano izquierda de su sobrina, la acarició con sus apergaminados dedos.

Evidentemente llegaba á la parte más delicada del asunto.

—He contado con tu corazón—dijo, procurando dar dulzura á su acento, siempre mordaz,—con tu valor, inteligencia y virtud, que tanto admiro. ¿No adivinas?

Ella respondió en voz muy queda.

—¿Se trata de mi primo!

—De Oliverio, efectivamente.

La señorita de Rochevieuille dejó caer la cabeza sobre el pecho, quedó pensativa y en actitud sombría.

El heredero de los Taunay-Coulanges no era su ideal.

Quizá otra imagen se hallara grabada en su corazón; pero el viejo, por si acaso, procuraba borrarla.

—Deseo hacerte solidaria nada menos que de la honra de la familia—repuso con vehemencia,—de su porvenir y de su prosperidad. No hay tampoco que exagerar el peligro. Con toda idea he recargado de tintas negras el cuadro. Tus bienes estarán garantidos. Un buen régimen dotal cuidará de ello. Oliverio ha abierto algunas brechas en su patrimonio. El no lo confiesa, pero yo tengo buena policía y lo he averiguado. Se taparán esas brechas con tu dinero. Y á mi muerte heredaréis el mio. No os compadezcáis. Llegaréis á reunir unas ochocientas mil libras de renta, sin contar el hotel de Taunay, que es una buena finca y que será vuestra también. ¡No se me oculta que es un rasgo de valor y abnegación lo que he venido á pedirte, Elena

¡mía! Apelo á tu corazón, tan grande y tan noble. Eres buena, encantadora... Tu sacrificio tendrá recompensa. Oliverio te amará; si así no fuera, sería un monstruo. ¿Qué decides?

El rostro de Elena revelaba amargura.

—¿Estais muy encariñado con ese proyecto, tío mio?—pregunto.

—Mucho.

—Y Oliverio, ¿qué opina?

—He querido consultarte antes de hablar con él.

Ella titubeó un instante.

El marqués, tratando de dar naturalidad á su actitud, tomó de la caja de oro polvo de rapé.

—¿Rehusas?—dijo.

—No.

—No esperaba yo menos de tus buenos sentimientos.

—Pero deseo reflexionarlo.

—¿Mucho tiempo?

—Esta noche os contestaré.

—¿Tan pronto?

—Os lo prometo.

El viejo se levantó y volvió á besar á Elena en la frente.

—¡Es de raso!—murmuró.—¡Oh, juventud!

—¿Tenemos gente á comer?—preguntó ella.

—Creo que sí... nuestros vecinos los Fremont, los Souvray...

—¿Y Oliverio, dónde está?

—No lo sé: vagueando por ahí probable-

mente. No está quieto un momento. Pero tú le tranquilizarás.

Elena levantó los ojos al techo.

Cuando se quedó sola, rompió la carta que acababa de escribir.

—Escribiré otra esta noche,—pensó.

En efecto, el conde Oliverio, á fuer de futuro condicional, apenas estuvo al lado de su prima.

Ya sabemos adonde iba de ordinario, y cual era el objeto de sus excursiones.

VI

Serían las cuatro de la tarde cuando la mujer del herrero llegó al castillo, á la sazón en que el conde Oliverio se paseaba por la terraza acompañado de su abuelo, que se apoyaba en su brazo.

Las ventanas del salón se hallaban abiertas, y las notas de una melodía de Schúbert, tocada al piano, se perdían en el espacio y prestaban mayor encanto y poesía á aquella hermosa tarde.

—¿Os conviene la futura, señor mio?—decía el anciano?

Oliverio hizo un gesto de indiferencia.

—En todos sentidos—contestó.—No es posible hallar nada mejor para mujer propia. Yo deseaba una criatura esbelta, de sedosa cabellera, hermosa dentadura, tez transparente y blanca, distinguida presencia... Y Elena reúne todo eso. Os agradezco, pues,

que me hayais proporcionado ese dechado de perfecciones.

—¿No habiais pensado en ello?

—Os aseguro que no. Pero estoy dispuesto á casarme con ella cuando ella quiera.

El marqués, dirigiéndole penetrante y maliciosa mirada, le dijo:

—No sé si la señorita de Rochevieuille me agradecerá más adelante que haya pensado en unirle á vos para perpetuar la raza de los Taunay!

—¿Y por qué no?

—Hablemos claro. Se oyen cosas estupendas sobre vuestra conducta.

—¿Y qué dicen, señor?

—Que sois un mal sujeto; un seductor sin decoro, que jugais en grande; que pasais la vida en repugnantes orgías y que ni con los años teneis reflexión, como fuera vuestro deber.

—¿Qué quereis, señor? Soy el vivo retrato de mis antepasados; quienes no pensaron sino en divertirse y galantear; y ya sabeis que hasta las mismas mujeres, en nuestra familia, representaron también ese papel, y á las mil maravillas por cierto... Pensaban como vos y como yo, que como mejor puede emplearse la juventud es utilizándola para el placer... Además tengo fortuna y la gasto. Seguro estoy de que si me condujera de otra suerte no estariais satisfecho.

Y sonriendo con mucha finura añadió:

—¿Me equivoco, abuelo?

—Vais á ser incorregible. Os temo. Pero

volvamos al matrimonio. Quiero creer que os conduciréis como es debido.

—No lo dudeis.

—¿Cuándo quereis que tenga lugar la boda?

—Cuando os plazca. Dentro de dos ó tres meses, si así conviene á mi prima.

Bien; he ahí todo lo que tenía que deciros. ¡Ah! se me olvidaba. ¿Qué es eso que me han contado?

—¿Sobre qué, señor?

—Que de un tiempo á esta parte frecuentais demasiado los alrededores de Gué-aux-Biches.

—¿Está prohibido pasar por ese lado?

—Habita por allí una joven que, según malicio, os gusta demasiado...

—No recuerdo, señor.

—Haced un esfuerzo. La hija del guarda.

—¿Solange Fargeas, por ventura?

—La misma.

—¿Y bien?

—Me hareis el favor, por más de un motivo, de no seguir galanteando á esa niña...

—¿Qué motivos son esos?

—Primero, por vuestro propio interés.

—¿En qué lo comprometo?

—Puede resultar de eso un escándalo, que si llega á oídos de Elena dé al traste con vuestra boda. Luego, no hallareis en parte alguna, y en nuestra clase ménos, una mujer que os convenga tanto como vuestra prima, tengo la seguridad.

—Efectivamente.

—Por otra parte, Fargeas es un antiguo servidor, de quien necesito, y me causaría gran contrariedad verlo disgustado, con sobrado motivo.

—¡Laudables sentimientos!

—Caballerito, me quedan algunos.

—¿Y qué más?

—Solange, que es preciosa criatura, tiene por madre una corsa. Y ya sabes que estas mujeres suelen ser peligrosas cuando se ven ofendidas.

—¿Eso es todo?

—No. La susodicha muchacha debe casarse, según dicen, con un tal Román Tremor, del pueblo de Chevagnes. Los Tremor están muy bien, y son tan fieros como susceptibles. No creo que sea necesario tener enemigos.

—¿Supongo que no os inspirarán miedo los palurdos esos?

—Ninguno; pero deseo vivir en paz con mis vecinos. Siempre se ha dicho que no hay enemigo pequeño. Estais advertido Oliverio.

—Mil gracias, señor.

El conde, con aire de conquistador, añadió:

—¡Es una preciosidad, abuelo, y á fé que la tentación es fuerte!

—¡Así era yo á su edad!—pensó el anciano.

Luego, en tono severo y alzando la voz, repitió:

—¡Estais advertido!

Iban á separarse, cuando les llamó la aten-

ció el ladrido de unos perros que se hallarían á cincuenta pasos de distancia.

Los perros, como dice la Fontaine, detestan á las gentes mal vestidas, y más si son mendigos.

La *Bigornia* era la personificación de la miseria.

Al notar la presencia del abuelo y del nieto, se detuvo junto á un árbol.

Ella hubiera querido hablar á solas con el conde Oliverio; y al verlo en compañía del anciano marqués se preparaba á retirarse, cuando uno de los palafreneros, que salía en aquel momento de la cuadra, la conoció.

—¿Qué es eso?—preguntó el marqués.

La Simona se presentó, siempre seguida de los perros que no cesaban de ladrar.

Iba tan abatida, que representaba setenta años.

—Soy yo, señor marqués,—dijo con voz lastimera.

—¿Qué se te ofrece?

—Necesito de vuestra protección. Vicente Labranche ha procesado á Simón, señor marqués.

—Ya lo sé. Ha hecho bien. Ese Simón es un hombre incorregible.

—No lo niego; pero si me quedo sola en la casa, ¿qué va á ser de mí? Tened piedad. No olvidéis que estuve, en otro tiempo, al servicio de la señora condesa.

—Piensa que una docena de lobos no causarían más daño que el que causa tu marido. No hay más remedio; tiene que ir á la cárcel.

—¡Ay!

—¡Vete, vete!

—Perdonádnos, señor marqués. Simón está enfermo. Es para poder pagar las medicinas, por lo que ha cazado furtivamente.

—Ha hecho muy mal de todos modos.

—Es indudable.

—En otro tiempo vivía honradamente de su trabajo. ¿Porqué no ha seguido así? ¡Mal asunto es el suyo! ¡Vivis á costa del robo! ¡Vete!

—¡Señor!

—Que aparten de aquí á esta miserable ordenó el viejo, llamando á dos criados que presenciaban la escena.

—Dejádnos en paz—dijo con menos actitud Oliverio.

—Si me he atrevido á llegar al castillo he sido para traeros un objeto que habeis—perdido—repuso la Simona dirigiéndose á Oliverio.

—¿Dónde?

—En Gué aux-Biches.

El marqués dirigió una expresiva mirada á su nieto.

La *Bigornia* sacó del bolsillo el tarjetero que halló en la cocina de Fargeas.

—Yo creí que este hallazgo merecería algo...

—¡Nada!—dijo con rudeza el anciano. Oliverio ofreció dos luises á la mediga.

Esta los rehusó diciendo:

—El hallazgo vale más, ya lo sabeis...

Y mirándole fijamente, á par que le

había un ojo, añadió en voz tan baja que solo Oliverio pudiera escucharla:

—Soy yo quien ha recogido eso de la habitación de los Fargeas... Yo sola.. Me hallaba allí...

Creyó que así intimidaba al joven.

Y no consiguió su propósito.

—Entonces no ofrezco más que veinte francos,—contestó él sonriendo.—Vamos, dame eso.

—No,—dijo sin titubear la *Bigornia*.—Quiero conservarlo, y escribiré en sus hojas una fecha: ¡la de esta mañana!

—Como gustes. En fin, soy buen príncipe. ¿Quieres tres luises?

—No.

—¿Cuatro?

—No.

—Cinco, ó quédate con ello y basta de jeringuadas.

Abuelo y nieto volvieron la espalda á la mediga.

Esta, comprendiendo que todo ruego sería inútil, calculó que Simón podría hallar algún consuelo con ese dinero y optó por lo cierto.

—Caballero—dijo volviendo tras el conde, recuperad lo vuestro. Y puesto que no tenéis piedad de nosotros... ya nos veremos más adelante.

—¿Amenazas tenemos?—dijo Oliverio, mirándola desdeñosamente.

Ella en tanto estendía la mano.

EI, sin tocarla, dejó caer en ella cinco luises.

—No era dinero, sino piedad, lo que yo pedía—exclamó la infeliz mujer.

Los otros no la escuchaban ya.

Llegaban al castillo.

—Vamos, vete de aquí—dijo con brutalidad un palafrenero.—No conseguirás nada. Tienes muy mala reputación.

La *Bigornia* miró al castillo. Hubiese querido derrumbarlo de un solo gesto; ¿pero qué podía ella contra tanto poderío?

Obedeció, y muy despacio tomó el camino de su casa.

A pesar de tantos pesares, el instinto de cazar en vedado no la abandonaba, y no hacía más que estudiar el terreno, la huella de las liebres, etc., etc.

Y pensaba en su hombre, ¡lo único que quería en el mundo! No podía apartar de su imaginación la pena que los jueces les aplicarían y el tiempo que los condenaran á estar separados uno de otro.

Cuando al fin llegó á la Fragua (este era el nombre que la gente del país daba á la casa de Simón, aunque no lo mereciera) serían las siete de la noche.

Temblaba de entrar en la casa. No podía dominar los más tristes presentimientos.

Simón la esperaba sentado en un banco.

Tenía la cabeza entre las manos, los codos sobre las rodillas.

La *Bigornia* se acercó, sin que él hiciera el menor movimiento, y le hizo un cariño en el cuello.

No tuvo necesidad de preguntarle nada.

—¡Ha muerto!—dijo ella.

El cazador furtivo inclinó la cabeza asintiendo.

—¿Lo has encontrado?

—No. Con seguridad lo han enterrado ya.

—¿Pero entonces?...

—He recogido un pedazo de su piel.

—¿Dónde?

—En la Roca del Diablo.

—¡Lo han matado!—exclamó aterrada la *Bigornia*.

—¡Mi pobre perro!

—También nos matarían á nosotros, si pudieran.

Simón no podía olvidar á su compañero de caza.

—Ese fué el disparo que oí cuando huía—murmuró él.—La desgracia pesa sobre nosotros.

—¡No te desespere, Simón! Después de la tempestad vendrá la calma.

—Alguien llega—dijo él.

En efecto, poco después, un hombre de elevada estatura se detuvo en el dintel de la puerta.

—¿Qué es eso?—dijo.—¿Qué ocurre? ¡Mala suerte tenéis, vecinos!

VII

El recién llegado era un robusto y hermoso joven, entre burgués y campesino, de unos treinta años de edad, vigoroso, moreno, con

barba negra y corrida, espeso el cabello é inteligente y seria la mirada.

Román Tremor pasaba por el muchacho más guapo del cantón, así como la hija de los Fargeasera, sinduda alguna, la perla del país.

Los Tremor eran unos ricos labradores de Chevagnes.

Pertenecían á una familia antiquísima.

Los ancianos han conocido siempre á los Tremor establecidos en el cortijo del Priorato, colonos al principio, propietarios luego.

El Tremor que lo cultivara cuando la venta de los bienes del clero, en el siglo pasado, no resistió á la tentación.

Compró el dominio de mala gana, pero hubiera muerto de pena si hubiera tenido que abandonarlo.

El Priorato, convertido en simple habitación rural, tiene su sello característico.

En el centro de la casa se levanta una torre de forma cuadrada.

Las paredes son muy sólidas; las ventanas estrechas.

La vivienda no se compone sino de tres ó cuatro salas; y la cocina, que es la pieza principal, nada tiene de particular, como no sea la grandiosa chimenea, el hogar, cuya campana descansa sobre dos columnas, algo deterioradas; cuyos capiteles representan dos cabezas con los cabellos largos y enrollados al extremo, como los de los pajes de la reina Blarca.

En el fondo hay una negruzca escalera que conduce al piso superior.

El cortijo del Priorato es una buena finca.

En la época en que se desarrollan los sucesos que referimos, eran tres sus dueños: el padre, jefe de la familia, al que llamaban el anciano Tremor, y sus dos hijos, Juan y Román.

Juan, el mayor, era un verdadero campesino, más hombrón que todos los del país, fuerte como un toro y rojo y velludo como un oso.

Tenía cinco años más que su hermano, y manejaba el negocio con honra y provecho,

Su voz era ruda, su actitud tosca y el acento de su voz imperioso; pero bondadoso á la vez.

Se comprendía en seguida que, á pesar de aquel aspecto, era un hombre bienhechor, uno de esos seres cuya dureza es sólo apariencia.

Román, más distinguido, más esbelto y más fino, no se ocupaba del negocio. Cazaba en invierno, pescaba truchas durante el verano, paseaba el arado para distraerse, ó paseábase él por el bosque.

Cuando tenía necesidad de dinero, cosa que rara vez acontecía, acudía al fondo común, única bolsa de la cual cada uno tomaba lo que le era necesario.

No es posible que existieran entoda Francia seres más unidos que los tres Trémor, padre é hijos.

Por su cortesanía y generosidad eran muy queridos en el pueblo. No tenían nada suyo. Sus bienes pertenecían á todo el mundo.

La Simona se apresuró á ofrecer un asiento á su visitante, quien sentóse al lado del herrero.

La *Bigornia* no había contestado á su pregunta.

Y Román repuso:

—Labranche ha estado en casa hace una hora. Me ha referido que se os viene encima un proceso y peliagudo.

—¡Nuestra mala suerte, señor Román!

—Pero eso fuera lo de menos...—exclamó Simón.—Sucede algo más.

—¡Que han matado á su perro!—dijo la *Bigornia*.

—¡Ravaud!

—¡De un tiro!

—¡Diablo! Eso de vengarse en los animales, no está bien. ¿Qué sabe un perro si la caza está cerrada ó no, y cuál es vedado?... ¡Ni que fuera un guarda!

—Claro está.

—En fin, ha muerto.

—¡Pobre Ravaud!

—¿No creéis, señor Román—dijo Simón,—que eso es peor que disparar á una persona?

—¡Caramba!

—Un hombre se defiende. ¡Un perro, no!

La *Bigornia* iba á dejarse llevar de su arrebatado carácter; pero su marido la contuvo con una mirada.

Entonces varió de conversación.

—No hablemos más de eso—dijo ella—es demasiado triste. ¿Habeis ido á Gué-aux-Biches, Sr. Román?

—Sí. De allí vengo.

—¿A quién habeis visto?

—A la señora Fargeas.

—¿Y Solange?

—Había salido á recorrer el bosque. La he buscado por todos lados. ¡Imposible dar con ella!

La Simona sonrió.

Parecía otra mujer. Su envejecido semblante se rejuveneció. No fué más que un relámpago, pero bastó para transformarla.

—Y puesto que no la habeis visto—dijo maliciosamente la mendiga—venís á hablarme de ella.

—¿A qué negarlo?

—¿La amais mucho?

—¡Qué si la amo! Estoy loco por esa criatura.

—¿A ese extremo?

—Al extremo de que preferiría vivir con ella en una derruida cabaña como esta, á habitar solo el castillo de Chevagnes ó el hotel Taunay en París, que por cierto dicen es magnífico.

—Ya lo creo—contestó la *Bigornia* cerrando los ojos como para recordar mejor los esplendores de la juventud,—es soberbio.

—En fin, que preferiría comer pan de munición y padecer hambre y sed...

—Como nosotros.

—A nadie podeis hacer responsable de lo que os sucede, Simona. Os habeis buscado estas desgracias. Simón tenía un buen oficio. Debisteis influir para que siguiera viviendo

de su honrado trabajo; y él, de seguro, no os hubiera desoido. Viviais entonces con toda comodidad y desahogo. Mientras que ahora prefiere pasar las noches en acecho para matar esos animalejos que luego tiene que llevar al pueblo, y por los cuales, al venderlos, apenas le dan cuatro sueldos; y esto sin contar con los guardas y los jueces que no le pierden de vista.

—¿Qué quereis, Roman!—dijo el cazador.—¿Por ventura son esos animales de la exclusiva propiedad de alguno? ¿No están hoy en un sitio y mañana en otro? ¿Hay algún propietario que los reconozca y distinga como á carneros en el aprisco? No robaré otras cosas; pero la liebre sí; en cuanto la veo le doy caza; ¡la tentación es superior á mis propósitos! Antes moriré que corregirme de eso. El bosque me atrae. Me encanta oír murmurar el viento entre las ramas de los árboles y los ciervos bramar en el monte. Cuando veo correr un corzo, experimento verdadera sensación de placer. Quizá no tenga disculpa. Por esto no guardo rencor á los que me prenden; pero en cambio al que ha matado mi perro... ¡Oh, á ese miserable!..

—Vamos, no te envenenes más la sangre.

—Lo que me atormenta también, señor Roman, es que voy á estar bastante tiempo en la cárcel; y no sé qué será de mi pobre Simona, mientras me tengan allí. Estamos en la miseria; pero nos queremos mucho más de lo que se quieren los ricos. No hemos tenido jamás un disgusto.

—No tengais cuidado mi viejo Simón; nada os faltará. ¿No es nuestro deber ayudarnos unos á otros? ¿Qué guardais ahí?

—Algunas liebres. ¿Quereis?

—Ya lo creo.

—¿Una chiva?

—Veámosla.

Simón sacó los tres animales de donde los tenía escondidos.

—¿Qué destrozo!—exclamó Román.—¿No fuera mejor que estos animales estuvieran corriendo por el campo y contribuyendo á que se multiplicara la especie?

—¿Pero cómo es posible dejarlos perder? preguntó la mujer.—¡Hermosas piezas!

—Llevadnos el ciervo. No hay luna. Se hará lo que se pueda. Lo habeis matado con plomo. Las liebres han sido estranguladas á la chita callando; no las quiero.

—Tienen colocación—dijo la *Bigornia*;—las llevaré mañana al pueblo; en casa del señor Pollet se las comerán.

—¿El juez?

—Sí. No las desprecia... Es glotón como un pato.

—Ea, buenas noches, vecinos.

—Buenas noches, señor Roman.

La *Bigornia* acompañó á Tremor hasta el cercado.

—¿La has visto?—preguntó él.

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

—Está triste.

—¿Por qué?